JOSÉ PABLO FEINMANN

LA FILOSOFÍA Y EL BARRO DE LA HISTORIA

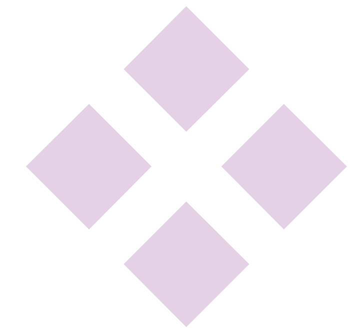
CLASE N° 28

FILOSOFÍA Y NACIONALSOCIALISMO



QUÉ ES LA FILOSOFÍA
Una introducción al saber de los saberes

Suplemento especial de Página/12



Tenemos que meternos con el *Discurso del rectorado*, que Heidegger pronunció en mayo de 1933. Para entrar en clima, para, como dije, meternos en semejante acontecimiento, vamos a recurrir otra vez a Dieter Müller. Recordemos que Dieter, ya un convencido nacionalsocialista a esta altura del texto (un nacionalsocialista atormentado porque no puede odiar como odian sus compañeros), le escribe a su hijo en alemán, de aquí que la carta utilice el "tú", que nos resulta extraño por estas latitudes de la tierra. Esperemos que Dieter nos entregue el clima del evento, quiénes estaban y cómo los nacionalsocialistas recibían la palabra de Heidegger. No en vano, entre quienes ahí estaban, estaba él.

LATERALIDAD: DIETER MÜLLER A PUNTO DE ESCUCHAR EL DISCURSO DE HEIDEGGER

Algunos siguen recordando esa jornada como una "fiesta". Le añaden calificativos. "Una fiesta del saber." "De la Universidad." Incluso de la filosofía. Pero el marco, el elemento histórico en que Heidegger dio su discurso, discurso que habría de ser recordado bajo el título de *La autoafirmación de la Universidad alemana*, no fue festivo. Lo había sido el 1º de mayo, cuando él se afilió al partido y el partido festejó el día de los trabajadores. (Deberás leer, cuando puedas, un gran libro de Ernst Jünger que daba también solidez a nuestras decisiones de esos días, *El trabajador*.) Pero el discurso del 27 de mayo de 1933 (creo, esta vez sí, no entregarte una fecha inexacta) tuvo, antes que celebratoria, un aura severa, solemne. Todos, nadie *ahí* lo ignoraba, participábamos de la historia. Todos, también, sabían que ése era un acto de afirmación del nacionalsocialismo. El más grande filósofo de la patria (el heredero de Heráclito y de Hegel) asumía ese rectorado como soldado del nacionalsocialismo, como hombre del Führer y como Führer de la Universidad. Porque Heidegger venía a eliminar la autonomía y la libertad académica. Venía a poner la Universidad bajo su mano de hierro. Venía a encarnar el *Führerprinzip* en el predio de Friburgo. Había ministros, arzobispos, rectores de otras universidades, estaba, imponente, henchido por un orgullo que nadie podría no comprender, el alcalde de Friburgo, había generales de artillería, religiosos, y, sobre todo, Martin, había muchos estudiantes y la mayoría de ellos eran combatientes de las SA, con estandartes en alto, exhibiendo la cruz gamada. Y estábamos, perdidos entre esa multitud, pero integrados a ella, esperando, como todos (como esa multitud que no lo era dado que ni la masificación ni la colectivización habrían de poseerla, dado que estaba ahí en busca de la palabra auténtica, del ser auténtico por el que bregaba, de la *verdad* que el Maestro develaría para ella y por ella, reclamándola), esperando, hijo, el discurso del gran filósofo que un tiempo de borrascas nos había deparado, ese filósofo de oratoria poderosa, hipnótica, pero que venía a reclamar nuestro compromiso con el desafío de la hora, nuestra autenticidad, el coraje de afrontarla, de saber que era una y la misma con el destino trascendente de nuestra patria, estábamos, Martin, unidos a ese exceso, a ese desborde de la historia, tu madre y yo, de pie, a un costado del auditorio, tomados de la mano, a la espera de todo, porque todo podía suceder esa noche, porque lo Absoluto estaba entre nosotros, tan cerca, tan íntimo, que era su aliento infinito el que respirábamos.

Supongo que lo ignoras, que no lo he dicho: Heidegger solía vestir con extravagancia. Se presentaba con el atuendo tradicional, folklórico de un campesino bávaro o incluso con ropas de esquí. No esta noche. Se lo veía elegante, casi alto. Se lo veía, sobre todo, austero, su temple era el de la severidad. Se escucharon partituras de Brahms y de Wagner.

Y luego, nutriéndonos de ella, escuchamos, largamente, la partitura de Martin Heidegger. Antes, todos, levantamos nuestros brazos, hicimos el saludo nacionalsocialista. El mismo Heidegger lo había reclamado. Había dicho que expresaría, más que la adhesión al partido, la unidad de todos en esa hora fundamental del alma de nuestro pueblo, del alma de Occidente.

EL "DISCURSO DEL RECTORADO"

Heidegger, desde el inicio, le señala a la comunidad de profesores que sólo conseguirán dar rango a la esencia de la Universidad alemana si son, en todo momento, dirigidos. ¿Dirigidos por quién, por qué? Aparece, entonces, una instancia superior. Un destino a cumplir que alentará todo el *Discurso*. "Dirigidos –dice Heidegger– por lo inexorable de esa misión espiritual que obliga al destino del pueblo alemán a tomar la impronta de su historia" (*La autoafirmación de la Universidad alemana*, Tecnos, Madrid, 1996, p. 7). Pero el gran paso lo da cuando busca un origen, un linaje espiritual para la Universidad alemana. Ese origen estará en Grecia. Lo esencial del *Discurso* de Heidegger es señalar que la *autenticidad* del Saber universitario alemán sólo puede darse si hunde sus raíces en la grandeza helénica. Y, a la vez, y al mismo tiempo, que ese origen no está atrás, sino que es aún. Se pregunta, así, en qué condiciones puede existir la ciencia alemana. "Sólo (responde) si nos situamos de nuevo bajo el influjo del *inicio* de nuestra existencia histórico–espiritual. Este inicio es el surgimiento (*aufbrunch*) de la filosofía griega (...) Toda ciencia es filosofía, lo sepa y lo quiera o no. Toda ciencia sigue ligada a ese inicio de la filosofía. De él extrae la fuerza de su esencia, suponiendo que siga estando a la altura de ese inicio" (*Ibid.*, p. 9). El tema del *inicio* es el que habrá de diferenciar el discurso de Heidegger del de los otros rectores que asumían por esos tiempos. Observen la inteligencia de este Rector: se trata de darle a la comunidad nacional un pasado en el que reconocerse y del que sentirse orgullosa. ¿Qué otro pasado sino el de la gran cultura helénica? ¿No están los alemanes en el *centro* de Occidente? Si lo están, ¿no merecerán ser herederos de la centralidad de ese pasado? Si algo se hereda como algo que pasó, eso que pasó es algo muerto. Es necesario *actualizar* el pasado. Hacerlo propio en el presente, ganárselo. Heidegger, demostrando que, en verdad, tenía talento para su rol de Führer intelectual, arroja una frase demoledora: "El origen *es* aún". El mismo pone en cursivas ese "es". Grecia *es* aún. Grecia *es* aún en la misión del pueblo alemán. No lo dudemos: Heidegger esperaba que su *Discurso*, su talento de orador, su capacidad para crear consignas políticas, su prestigio filosófico habrían de impresionar a Hitler, quien, impresionado, habría de convocarlo para cargos más relevantes que el rectorado de una humilde provincia. Cuando uno lee el *Discurso del rectorado*, lee también la ambición de Heidegger. ¿Qué eran, al lado de él, Bauemler y Rosenberg, dos pensadores de pacotilla? Heidegger, aquí, minusvaloraba lo que éstos podían lograr por su fervor militante, por su sagacidad política, sea cual fuere su talento filosófico. Pero los grandes intelectuales, cuando se abre un gran espacio político, y vaya si el nazismo lo había abierto, se sienten llamados (algunos, claro, no todos) a la trascendente tarea de orientar filosóficamente a la nación en tanto el líder del movimiento la orienta desde la política. Incluso, y creo que la vanidad de Heidegger llegó hasta aquí, se creen destinados a influir fuertemente en el pensamiento y las decisiones del jefe supremo, en este caso: del Führer. Habría, de este modo, dos Führer en Alemania. Un Führer político. Y un Führer filosófico. El *Discurso del rectorado* era apenas el comienzo.

No podemos no citar el texto de Heidegger: "El inicio *es* aún. No está *tras de nosotros* como algo ha largo tiempo acontecido, sino que está *ante* nosotros. El inicio ha incidido ya en nuestro futuro, está allí como el lejano mandato de que recobremos de nuevo su grandeza" (*Ibid.*, p. 11). El inicio es mandato. El mandato es grandeza. La grandeza es grandeza por conquistar. Si se me permite quisiera insistir en la potencia de esta idea: el inicio *es* aún. Si fuimos grandes en el inicio, si luego caímos, no por haber caído el inicio ha dejado de ser nuestro inicio, de aquí que *sea* aún. El inicio no está *atrás*. Está adelante y está como mandato a realizar. Ese mandato es apoderarnos de ese inicio y hacerlo nuestro otra vez. Al apoderarnos de él nos apoderaremos de nuestro futuro. (Algún sagaz pensador nacional podría elaborar alguna de estas ideas respecto de la Revolución de Mayo. Sobre todo, digo, quienes creen que ése fue un *gran* inicio. Como yo creo otra cosa, no es tarea mía. Fue un inicio, pero no grande. Y éste, en verdad, es *otro* tema.)

El Rektor elimina la libertad académica. (¡Y Richard Wolin espera encontrar en Heidegger alguna defensa del liberalismo político!) Dice, el Rektor, que esa libertad académica era *inauténtica*. Con lo cual vemos que los conceptos de *Ser y tiempo* son instrumentados por Heidegger en su etapa como Führer de Friburgo. Establece, luego, tres *vinculaciones* para el estudiante alemán: con el servicio del trabajo, con el servicio de las armas y con el destino del pueblo alemán. Luego dice: "Todas las facultades de la voluntad y del pensamiento, todas las fuerzas del corazón y todas las capacidades del cuerpo tienen que desarrollarse *mediante* la lucha, aumentar *en* la lucha y conservarse *como* lucha (*Ibid.*, p. 17). El *Discurso* se desliza hacia lugares comunes: apela a la misión histórica del pueblo alemán. Ser "nosotros mismos". "Pues la fuerza joven y reciente del pueblo, que ya está pasando sobre nosotros, ya *ha decidido*" (*Ibid.*, p. 18). Y luego, el final: "Todo lo grande está en medio de la tempestad". Con la modificación de la frase de Platón para poner la palabra *sturm*. Que era una mención a las SA, las tropas de asalto de Röhm.

¿Había nazismo en *Ser y tiempo*? En el parágrafo 74 Heidegger menciona algunos conceptos cercanos a la facticidad política. No surgen de ningún compromiso concreto, pues no podía tenerlo. El Heidegger de 1927 sabría, sin duda, de la existencia de un movimiento llamado nacionalsocialismo que, con un agitador impetuoso a su frente, de nombre Adolf Hitler, pugnaba por llegar al gobierno. Su mujer, que era bastante energúmena, que militaba desde muy temprano en el movimiento y era un poco más antisemita que la mayoría de los alemanes de ese momento, que esperaban un chivo expiatorio y estaban en perfecta disponibilidad histórico-espiritual para encontrarlo en el judío, le diría, durante los momentos de intimidad o en las reuniones con amigos de la familia, que los nazis eran los llamados a salvar a Alemania. Tengamos algo por claro: Heidegger no tenía una postura política clara, pero: 1) no era comunista; 2) no era liberal; 3) no era socialdemócrata. ¿Bien? ¿Qué podía *naturalmente* resultar de esto? Que estaba en disponibilidad para el nacionalsocialismo. Alemania estaba llena de pequeños burgueses asustados y de grandes burgueses que observaban con preocupación el panorama y ya habían decidido dónde poner sus fichas. Las grandes industrias alemanas veían a Hitler como un loco "momentáneo". Frenaría a la ola roja y todo volvería a su cauce. Heidegger, en 1927, era un profesor de provincias que creía que las potencias parlamentaristas entregarían Alemania a la Unión Soviética con tal de frenar su avance. También creería que la República de Weimar era cosmopolita y corrompida. Pero el nazismo no había llegado a él. Era un nacionalista germano a la espera de un huracán que lo tomara entre sus brazos.

¿HABÍA NAZISMO EN "SER Y TIEMPO"?

Volvamos a *Ser y tiempo*. Dijimos que Heidegger negaba que la ontología fundamental tuviera alguna proyección en "posibi-

lidades fácticas de la existencia" (*Ibid.*, p. 413). Pero luego se mete con el "ser ahí" en tanto "ser con". El "ser ahí" –en tanto mera y solamente "ser ahí"– tiene un "destino individual". Pero cuando el "ser ahí" es "ser con" empieza a gestarse su destino histórico; este destino histórico, en tanto lleva al "ser ahí", por medio del "ser con", a compartir un "gestarse histórico" con otros "ser ahí" constituye un "destino colectivo". (Estoy desarrollando los temas del parágrafo 75: *La constitución fundamental de la historicidad*.) Tenemos, entonces, un "destino colectivo". Ya el "ser ahí" no es solamente el "ser ahí", ya no es un ente individual, sino que forma parte de un "destino colectivo". "Con esta expresión designamos el gestarse histórico de la comunidad, del pueblo" (*Ibid.*, p. 415). Heidegger acude a uno de los existenciarios del Dasein: el "estado de resuelto". Le viene perfecto para esta vuelta de tuerca. Puntualiza que el "destino colectivo" no es un conjunto de "destinos individuales". Esto lo sabe cualquiera: la totalidad es siempre más que la suma de las partes, pero ésta sería una forma de decir lo que Heidegger dice más ligada al marxismo o, si se quiere, al estructuralismo. Aquí importa que Heidegger hable de "destino colectivo". Y que ya haya hablado de "comunidad del pueblo". El "destino colectivo" es tanto más que los "destinos individuales" que los traza por "anticipado". Esto es, también, determinante de una ideología nacionalista: es la "comunidad nacional" la que traza el "destino" de los individuos, pues éstos sólo encuentran su propio destino como partes del "destino colectivo" que se encarna en la "comunidad nacional". Es la vieja jerga nacionalista de derecha. El viejo Hegel planteaba en términos bastante semejantes la relación del individuo con el Estado. Es *en* el Estado donde el individuo adquiere su entidad de individuo. Sólo en la comunidad nacional del Estado el individuo logra su verdadera libertad, ya que ahí es "en sí" y "para sí". Heidegger introduce luego los conceptos de "coparticipación" y "lucha". Aquí, el poder del "destino colectivo" toma forma, se afianza. Lo hace cuando "todos" –"todos" los que somos "ser con" en "estado de resuelto" dentro de la "comunidad nacional"– nos decidimos a "la lucha" por nuestro "destino colectivo". Se desliza luego –como todo conservador, como todo nacionalista que vela por la tradición que nadie debe mancillar, ni los judíos ni los comunistas– al, precisamente, concepto de "tradición". "En esta 'tradición' se funda simultáneamente el 'destino colectivo' por el cual comprendemos el gestarse histórico del 'ser ahí' en el 'ser con' otros" (*Ibid.*, p. 417). El "destino individual" se abre a la "reiteración" "como destino adherido a la herencia trasmitida" (*Ibid.*, p. 417). La tradición es "reiteración". El nacionalista –que defiende una "tradición" siempre agredida por las fuerzas disolventes del "cosmopolitismo"– tiene que ejercer un constante acto de "reiteración". La "herencia", en tanto "tradición", sólo se mantiene en la "reiteración", en el acto cotidiano, jamás abandonado, de reiterar una y otra vez aquello que nos hace ser lo que somos. De aquí los desfiles, las banderas, los himnos, las gestualidades repetidas, el culto a los próceres, el culto reverencial a los muertos y, por supuesto, la religión.

En efecto, toda esta jerga nacionalista de *Ser y tiempo*, vista desde el nazismo, cobra su concreto contenido histórico: se torna puro y esencial nacionalsocialismo. Así lo dice Heidegger, luego de 1933, cuando intenta demostrar que en *Ser y tiempo* ya estaba el nazismo. No es, sin embargo, el caso de Nietzsche. También éste, antes del nazismo, elaboró toda su obra. Pero, precisamente, en toda su obra hay elementos proto-nazis. En Heidegger sólo aparecen en el parágrafo que comentamos. Como sea, en estas cosas nadie se pone de acuerdo. Voy a mostrar claramente mis cartas. De Heidegger, yo quiero conservar *Ser y tiempo*. De aquí que me esfuerce –y podría esforzarme más– en demostrar que es un libro pre-nazi. Pero quien así no quiera creerlo encontrará elementos para fundamentar su creencia. ¿Por qué quiero conservar *Ser y tiempo*? Porque hay en él más humanismo, más analítica existenciaria, más análisis de la totalidad de la ec-sistencia que nazismo. Por decirlo casi brutalmente: no quiero arruinar una obra maestra por tres páginas del final del libro que el autor escribió *antes* del nazismo y que no van más allá de lo que cualquier alemán pensaba durante esos días. Cualquier alemán nacionalista. Sigo sosteniendo, junto con mi cómplice Steiner, que fue el abandono del humanismo de *Ser y tiempo* el que arrojó a Heidegger en brazos del nazismo. Que fue el abandono del Dasein por el Ser, que fue el inicio de la "historia del Ser" que habrá de iniciar el segundo Heidegger. Hago esto (y me parece interesante aclararlo para que veamos los mecanismos de discusión de la filosofía) para fundamentar la vigencia del humanismo *hoy.* Y para poder remitirme en esa fundamentación a *Ser y tiempo*. Para decir: cuando se abandona el humanismo se incurre en la brutalidad barbárica. *Eso le pasó a Heidegger*. Pero para poder decir esto tengo que demostrar que la *brutalidad bárbara* no estaba en *Ser y tiempo*. Y para negar mi tesis será necesario demostrar que sí, que estaba. Y que el humanismo de *Ser y tiempo* no establece la diferencia con la brutalidad barbárica, pues ella ya estaba en *Ser y tiempo*. Así las cosas, las verdades colisionan. Cada uno intenta demostrar lo que necesita demostrar para seguir adelante. Vimos a Cristina Lafont renegar de *Ser y tiempo* porque era un libro que no servía para fundar el "giro lingüístico", que sí se fundamentaría en los siguientes textos de Heidegger. Yo no pienso regalarles *Ser y tiempo* a los nazis por un par de páginas. El Heidegger nazi ha sido claro en múltiples textos. En *Ser y tiempo*, insisto, apenas si recurre, para desarrollar el tema del "destino colectivo" del Dasein, a una jerga nacionalista que era tradición en Alemania.

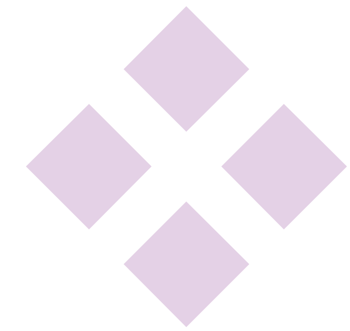
LA PUREZA GERMÁNICA: EL CAMPESINO, SU PIPA Y SUS OJOS CLAROS

En *Cabaret*, el film de Bob Fosse, hay una escena campestre. Los protagonistas llegan y encuentran a unos cuantos buenos alemanes reunidos tomando cerveza y disfrutando del sol calmo de un día transparente. De pronto, un joven, que usa una camisa parda, se sube a una silla y empieza a entonar una canción. La canción dice: "El mañana me pertenece". Todo es muy sereno, pero lentamente empieza a cambiar: la canción se transforma en un himno guerrero. Todos, por fin, el joven de la camisa parda y los restantes y buenos burgueses y campesinos alemanes entonan el himno guerrero: *el mañana les pertenece*. La escena marca la relación profunda del nazismo con la tierra, con los valores puros e intocados de la campaña, con la inocencia esencial de sus habitantes: los campesinos. Al transformarse en himno guerrero exhibe la otra cara del nazismo: la de agresividad, la belicosa, la que requerirá la fabricación de armamentos, de toda la máquina guerrera que es patrimonio de las industrias de las ciudades. Esta mezcla de tradición campesina y modernidad armamentista y urbana definió uno de los rostros esenciales del nazismo. También lo definió el lema "tierra y sangre".

Esta faceta "campesina" fue una de las más señaladas características nazis de Heidegger. El orgullo de permanecer "en provincias" lo constituía. Su cercanía, su contacto con los campesinos le daba la certeza de la autenticidad. "En el Reich de Hitler (escribe Theodor Adorno), Heidegger rechazó un llamamiento a Berlín (...) El lo justificó en un artículo titulado '¿Por qué nos quedamos en la provincia?'" (Theodor Adorno, *La ideología como lenguaje*, Taurus, Madrid, 1971, p. 68. Hay una nueva edición de Akal, en la cual este ensayo de Adorno que, verdad, se llama *La jerga de la autenticidad*, acompaña a la *dialéctica negativa*). El texto es célebre y exhibe la pasión rural de Heidegger como pocos. "Cuando en la profunda noche de invierno se desencadena una fuerte cellisca que sacude la cabaña, cubriéndolo y envolviéndolo todo, entonces es el alto instante de la filosofía" (*Ibid.*, p. 68). Sigue la cita: "Y la actividad filosófica no transcurre como la apartada ocupación de un tipo raro, sino que está en el centro del trabajo de los campesinos" (*Ibid.*, p. 69). Adorno dice que uno quisiera, al menos, conocer la opinión de los campesinos. "Heidegger no necesita de ella" (*Ibid.*, p. 69).



Bien, reflexionemos sobre este punto: ¿necesita un campesino emitir una opinión? ¿No es *todo él* mucho más que una opinión? El que necesita de las palabras es el hombre de la ciudad, el hombre de la impureza que requiere justificarse. El campesino está en la tierra y la autenticidad reside ahí. Heidegger, por las tardes, se acerca a los campesinos. Lo hace cuando descansan. Se sienta junto a ellos a la mesa del rincón, ante la estufa "y entonces, en general, no hablamos nada; fumamos en silencio nuestras pipas" (*Ibid.*, p. 69). Se produce, entonces, el llamamiento de la Universidad de Berlín. Heidegger debe hallar una respuesta. (Esto es anterior al rectorado en Friburgo.) ¿Dónde encontrarla? Sólo hay que prestar atención a lo que dice el entorno de su cabaña. "Escucho lo que dicen las montañas y los bosques y las casas de labranza. Voy a ver a mi viejo amigo, un campesino de 75 años. El se ha enterado por los periódicos del llamamiento a Berlín. ¿Qué dirá él? Introduce lentamente la segura mirada de sus claros ojos en la mía, mantiene la boca rígidamente cerrada, me pone sobre el hombro su fiel y circunspecta mano y mueve la cabeza de un modo apenas perceptible. Esto quiere decir: inexorablemente ¡no!" (*Ibid.*, p. 70). Volverá, como hemos visto, a esta estética aldeana kitsch en la *Carta sobre el humanismo*. Cuando escribe "el pensar recoge el lenguaje en un decir simple", es su amigo campesino, con su pipa honesta y simple, su cara tallada por el sol y el trabajo cotidiano, el que aparece. Cuando escribe: "Así, el lenguaje es el lenguaje del ser, como las nubes son las nubes del cielo. Con su decir, el pensar traza en el lenguaje surcos apenas visibles. Son aún más tenues que los surcos que el campesino, con paso lento, abre en el campo" (*Carta sobre el humanismo*, ed. cit., p. 297). Hasta donde yo sé no hay comparaciones entre el texto de Heidegger "¿Por qué permanecemos en provincias?" y la "Carta sobre el humanismo". Este texto, que es el primero que Heidegger publica después de la guerra, es la cumbre del segundo Heidegger. Es la destrucción del humanismo. Es un texto cuasi-religioso para sus seguidores, ya que abre muchas de las claves que habrán de llevar a Heidegger a un misticismo zen que terminará en fórmulas incomprensibles e inocuas. Pero, volviendo al texto del campesino, ¿quién es el campesino con el que Heidegger fuma su pipa? Representa la pureza de la tierra alemana. Que no vengan los mercenarios a mancillarla. Que no vengan los mercaderes cosmopolitas. La *verdad* está en ese hombre de 75 años que no habla, que sólo mira con "la segura mirada de sus ojos claros". Todo este "idiotismo rural" (uso, claro, la frase de Marx) es puro nacionalsocialismo. Ese campesino de Heidegger puede ser un viejo sabio o un viejo estúpido. Probablemente, de la compleja vida del siglo XX del inicio de los años treinta, lo ignorara casi todo. Probablemente su vida fuera magra, oscura, herida por un aburrimiento apenas consciente. No importa: para Heidegger, ese hombre lo sabía todo. Tenía la sabiduría de lo auténtico. De lo incontaminado. De la pureza esencial de la tierra. Los nazis pensaban igual. Pero no eran tan tontos. En tanto elevaban cánticos a la pureza de sus campesinos arios (los ojos del campesino de Heidegger, no sé si lo han notado, son "claros"), se enchastraban en la impureza de la técnica moderna y erigían la



más poderosa máquina de guerra imaginable. En cuanto a Heidegger, debemos cederle el mérito, no de haber inventado la *novela pastoril*, pero sí, absolutamente, la *filosofía pastoril*.

EL DESPLIEGUE "ESPIRITUAL" DE ALEMANIA SOBRE EUROPA

Los defensores de Heidegger se obstinan en decir que todo se debió a una equivocación que duró "diez meses". (Véase: Philiphe Lacoue-Labarthe, *La ficción de lo político*.) El mismo Heidegger encerrará todo en una frase algo divertida, en una liviandad de campesino jovial tal vez: "Mi gran tontería", califica a su compromiso nazi. No: sobran ya las pruebas. Emmanuel Faye publica los seminarios que dictó el Rektor de Friburgo entre 1933 y 1935. La "investigación Farías" es correcta. Hugo Ott es una fuente inobjetable. Habermas sabe lo que dice. No cabe duda: Heidegger fue un nazi convencido y militante.

Otros, que no lo fueron, no dejaron de valorar su compromiso. Karl Jaspers, por ejemplo, que ha salido indemne del nazismo y hasta ha escrito un libro sobre la culpa alemana, aceptó el *Discurso del rectorado*. En una carta que le envía a Heidegger el 23 de agosto de 1933 dice: "Mi querido Heidegger: Le agradezco su discurso del rectorado. Me gustó conocerlo en su auténtica expresión luego de haberlo leído en la prensa. Su referencia a los grandes rasgos del helenismo me ha conmovido de nuevo como una verdad nueva, por decirlo así. Usted en esto está de acuerdo con Nietzsche, pero con la diferencia de que se puede esperar que alguna vez usted realice, interpretando filosóficamente, lo que usted dice. Por este motivo su discurso tiene un contenido creíble. No hablo del estilo y la densidad los cuales –tal y como yo los veo– hacen de este discurso un documento hasta ahora único de una voluntad académica de la época actual que permanecerá" (Martin Heidegger-Karl Jaspers, *Correspondencia (1920-1963)*, Editorial Síntesis, Madrid, pp. 126/127). Bien podía sentirse Heidegger en la senda correcta con el apoyo de su ilustre amigo.

Al año siguiente de su renuncia al Rectorado, Heidegger dicta, en la Universidad de Friburgo, un curso de *Introducción a la metafísica*. Estamos en 1935. Sólo algunas cosas sobre esto. Como vemos, su compromiso con el nacionalsocialismo duró más de "diez meses". Heidegger, que habla en ese curso de "la íntima verdad y grandeza" del nacionalsocialismo, volverá a publicarlo en 1953 sin cambiarle una línea. Hay una sola lectura: pensaba lo mismo. Otra: su orgullo desmedido.

Voy a citar el pasaje más conocido de este curso. Tiene mucha riqueza y acaso, todavía, podamos añadir algo nuevo sobre él. O no. Lo importante es que no lo dejemos de lado. Recordemos: 1935. Alemania se prepara para la guerra. Las persecuciones contra los judíos y los disidentes políticos son brutales. Auschwitz, le dirá Marcuse en una carta a su maestro Heidegger luego de la guerra, ya era visible. Marcuse, más precisamente, dirá: era visible en 1933. Heidegger, respondiéndole, lo negará. Miente: Auschwitz era visible en 1935, cuando Heidegger dicta sus lecciones de *Introducción a la metafísica*. Era visible incluso para Heidegger, quien podría recurrir a la leyenda popular acerca de lo distraídos que son los filósofos ante los hechos cotidianos. Apeló a ella su gran amiga Hannah Arendt, quien fue defensora suya luego de la guerra y hasta lo ayudó económicamente. Arendt dijo que Heidegger, como Anaximandro, iba mirando las estrellas y se cayó en un pozo. Así explica su nazismo. Sin comentarios. Vaya a saber qué coyuntura de la Guerra Fría, qué lucha contra el "totalitarismo del Este", llevó a Arendt a farfullar este disparate. Lo cierto es que la visibilidad de Auschwitz ya no podía tornarse invisible luego de la noche de los cristales rotos. Ni siquiera desde 1933. Nadie que tuviera alguna sensibilidad contra la barbarie brutal, que abominara de la violencia como ultraje y como muerte, podía adherir al nazismo desde 1933 o desde antes. Salvo que estuviera dominado por la paranoia que Heidegger va a explicitar en sus lecciones sobre metafísica. Escuchemos sus palabras ante un auditorio fascinado: "Esta Europa, en atroz ceguera y siempre a punto de apuñalarse a sí misma, yace hoy bajo la gran tenaza formada entre Rusia, por un lado, y América, por el otro. Rusia y América, metafísicamente vistas, son la misma cosa: la misma furia desesperada de la técnica desencadenada y de la organización abstracta del hombre normal" (Heidegger, *Introducción a la metafísica*, Editorial Nova, Buenos Aires, 1959, p. 75). La cuestión es así: el colectivismo soviético y el mercantilismo "americano" (no esperemos que sea Heidegger quien diga "norteamérica") se han lanzado a la devastación de la tierra por medio de la técnica. El "hombre normal", que nada vale, que sólo acepta la organización que se le impone, colabora con ese proceso, del que, por consentimiento manso, forma parte. Entre las garras de la tenaza, en el mismo centro de Europa, es decir, de Occidente, está Alemania. "Todo esto trae aparejado el hecho de que esta nación, en tanto histórica, se ponga a sí misma y, al mismo tiempo, ubique al acontecer histórico de Occidente a partir del centro de su acontecer futuro, es decir, en el dominio originario de las potencias del ser. Justamente, si la gran decisión de Europa no debe caer sobre el camino de la aniquilación, sólo podrá centrarse en el despliegue de nuevas fuerzas histórico-*espirituales*, nacidas en su centro" (*Ibid.*, p. 76). En 1953, cuando Heidegger publica este curso, el joven Jürgen Habermas, escribe: "La llamada filosófica hecha a los estudiantes parecía coincidir con aquello que después se les exigió como oficiales" (Jürgen Habermas, *Perfiles filosófico-políticos*, Taurus, Buenos Aires, p. 64).

No es demasiado arduo entender a qué se refiere Heidegger con ese "despliegue de nuevas fuerzas histórico-*espirituales*". Curioso que haya puesto en cursivas las palabra "espirituales". Acaso quiso subrayar que la misión de los ejércitos alemanes era, sobre todo, una misión espiritual. La palabra "despliegue" dicha en Alemania en 1935 es cristalina. "Despliegue" quiere decir conquista del "espacio vital". Sólo que Heidegger viste a la conquista del "espacio vital" con el dominio, por parte de Alemania, de nuevos espacios del ser. Este Heidegger, el Heidegger que ve en la técnica que desarrolla el hombre moderno un olvido del ser, encuentra en la Alemania de Hitler una utilización de la técnica diferenciada de la masificación soviética y el mercantilismo "americano". Heidegger ve en Hitler un retorno de la técnica al ser. Ya no hay enfrentamiento entre técnica y ser. Las conquistas de la técnica alemana son conquistas del ser, porque Alemania es un pueblo metafísico, que habita el centro de Occidente, que hereda la gran tradición helénica y, sobre todo, presocrática, y que luchará por la primacía de Occidente, el lugar en que el ser puede retornar al hombre porque el hombre ha dejado de olvidarlo al tener una relación auténtica con la técnica. Todo esto no es más que palabrería nacionalsocialista y una justificación que Heidegger da de su propio compromiso con el hitlerismo.

FUE, SIN DUDA, NAZI, PERO ¿POR QUÉ?

La pregunta, a esta altura, ya no es si fue o no fue nazi. Eso está resuelto: fue nazi. Yo no he querido agobiarlos con cartas, manifiestos, declaraciones o anécdotas aberrantes. (A un amigo, cuenta Hugo Ott, le regaló un libro sobre la vida de Goering. ¡Tan bajo había caído!, exclama Ott.) La cuestión es: *Por qué fue nazi*. Entre tantas hipótesis voy a insistir en la que he venido desarrollando. Heidegger deviene nacionalsocialista cuando cambia su pensamiento acerca de la relación del hombre con el ser. En *Ser y tiempo*, el hombre era un ente privilegiado entre todos los entes. Era el ente en cuyo ser "le iba" su ser. El ente que se preguntaba por el ser. La pregunta por el ser advenía al mundo por el Dasein. Sin Dasein no había pregunta por el ser. Esta pregunta instalaba al Dasein en un lugar primordial. Era el "ahí" del ser. El Da-sein, el "ser ahí", era el "ahí" de la pregunta por el ser. Esto determinaba que Heidegger tuviera que realizar una ontología del Dasein para llegar a una ontología del ser. *Ser y tiempo*, de esta forma, termina siendo una *antropología existenciaria*. Un "humanismo". De la naturaleza del Dasein se partirá hacia la naturaleza del ser, cosa que *Ser y tiempo* no logra completar. Por lo cual la obra, inconclusa, queda como una antropología –sin duda deslumbrante– del Dasein. El hombre, por decirlo así, era fundamental para el Heidegger de 1927. Es cierto que era "culpable" porque no era "fundamento de sí". Pero era una culpa metafísica. Y era una culpa que él padecía, una culpa que le acontecía. A partir de su concepción del *olvido del ser* todo cambia para Heidegger. Si el hombre ha olvidado al ser el hombre es, de nuevo, culpable. Pero lo es a partir de sí. *El hombre es culpable de haber olvidado al ser por apropiarse de los entes*. El ser, incluso, "se retrae". No quiere tratos con *este* hombre. Y este hombre es el hombre de la modernidad. El hombre de la modernidad es el hombre que domina todo lo ente. Este total dominio de lo ente se basa en el ponerse del hombre en la centralidad. Esta centralidad del hombre ya no es la de *Ser y tiempo*. En ella el hombre era un ente privilegiado porque traía al ser a la problematicidad y a la filosofía por medio de su preguntar por el ser. El hombre de *Ser y tiempo* es el hombre que invoca al ser. Invocar al ser, preguntarse por él, es la antítesis de ignorarlo. El hombre que surge con la modernidad del sujeto es el que olvida al ser. Se pone en la centralidad, no para preguntar por el ser pues lo ha olvidado, sino para dominar a los entes por medio de la técnica. Este es el hombre del tecnocapitalismo. Es el hombre del humanismo y de la antropología. El hombre es, ahora, *culpable*. El Dasein de la "historia del ser" (del "segundo Heidegger") es el Dasein *culpable* de haber olvidado al ser. Culpable de dominar la tierra. De devastarla. De entregarse a la voracidad de la técnica. Si este hombre tiene su espacio en el Este y el Oeste, sólo el hombre del Centro merece respeto, pues este hombre, *el hombre alemán*, va a liberar la tierra y va a establecer una relación auténtica con la técnica. De aquí que no importe mucho la defensa de Heidegger acerca de sus cursos sobre Nietzsche como su "discusión con el nazismo". (Además, Heidegger podía disentir con las imbecilidades raciales de Rosenberg y Bauemler sin correr ningún riesgo. No iba a ser Heidegger quien nos presentara un Nietzsche desde el biologismo y la pureza de la raza. Lo importante es que en los textos sobre Nietzsche aparece muy claramente la "historia del ser" y es desde ahí desde donde nosotros la hemos explicado. Esa "historia del ser", que hace a los hombres "culpables" de someter lo ente, es la que culmina en la necesidad de Alemania de redimir al mundo.)

Entre el Dasein de *Ser y tiempo*, el que se pregunta por el ser, y el Dasein de la "historia del ser", el que lo ha olvidado para transformarse en "amo de lo ente", media el abandono del humanismo, que pasa también a ser principal culpable. En ese pasaje (que coincide con el auge del nazismo) se explica la opción de Heidegger por el hitlerismo. Que haya alabado, ante Jaspers, la belleza de las manos del Führer, es totalmente anecdótico. Como que llegara a Roma a dar una conferencia sobre Hölderlin, se encontrara con su ex discípulo judío Karl Löwth y ni se dignara a quitarse el brazalete con la cruz gamada. Para el nazi Heidegger, *el hombre es culpable*. Y Alemania tiene la misión de redimirlo. *Desde aquí, Auschwitz es perfectamente visible*.

Hemos terminado nuestras clases sobre Heidegger.

el próximo domingo
CLASE Nº 29
LA ESCUELA DE FRANKFURT